

## Donde huele a gloria y a cebolla

En una cueva oscura, escondida en las montañas, vivía un temible Dragón. Él vivía allí desde hacía tanto tiempo que ya no recordaba de dónde había venido.

Al Dragón le gustaba salir de su guarida, tomar el sol y contemplar los paisajes que lo rodeaban. En los días despejados, incluso podía ver el mar a lo lejos: su caricia de azul se fundía con el cielo en el horizonte y brillaba bajo los rayos del sol como millones de diamantes.

¡Le encantaban los diamantes! No por su valor ni su dureza, sino por su brillo mágico y el juego de luz en sus facetas.

De hecho, por eso el Dragón vivía en la cueva: para custodiar tesoros. Pero eso atraía a visitantes no deseados: valientes caballeros, escuderos temerarios, ejércitos enteros y viajeros solitarios lo atacaban una y otra vez. Todos soñaban con apoderarse de las riquezas del Dragón. Menos mal que el Dragón tenía escamas fuertes y un fuego ardiente en su interior.

A los pies de la montaña, en una pequeña aldea, vivía una familia. El padre era un coronel retirado del ejército real. Durante los años de servicio, había ganado una finca y un trozo de tierra. Él y su esposa llevaban una vida tranquila: cuidaban la casa, cultivaban olivos y criaban a sus hijos con amor.

El hijo mayor no se preocupaba en absoluto por el futuro: iba a heredar todos los bienes familiares.

El menor también vivía sin preocupaciones: el favorito de mamá siempre recibía más cariño y atención. Y según las leyes del género (porque todos hemos leído *El gato con botas*), normalmente al menor, por cosas del destino, le tocaba un futuro brillante.

Pero estaba un hijo del medio: José. Sin perspectivas claras, casi pasaba desapercibido en la familia.

La mayor pasión de José era la cocina. ¿Pero acaso eso era digno de un verdadero caballero? “¡Un hombre no tiene lugar en la cocina!” — decían sus hermanos.

Un día, José escuchó una leyenda sobre un Dragón que custodiaba tesoros en una cueva en la cima de la montaña. ¿Qué podría ser más valiente que una victoria?

Sacó la vieja armadura de su padre, la untó con aceite de oliva, preparó algo de comida y se puso en camino.

Toda la noche, el chico estuvo subiendo la montaña. La armadura, por supuesto, no hacía la tarea más fácil: retumbaba, crujía, limitaba sus movimientos, pero José subía obstinadamente, ¡porque tenía una meta!

"Si lograra vencer al Dragón y apoderarme de al menos una parte del tesoro, — pensaba él, — ¡la gloria y el éxito estarían asegurados!"

Por la mañana, cansado pero decidido, llegó a la cueva. El día estaba espléndido: no había ni una nube en el cielo, el sol calentaba la tierra, y a lo lejos se veía una impresionante vista de la bahía.

En esa hermosa mañana, el Dragón salió de la cueva para disfrutar del paisaje. Se tumbó en la hierba, entrecerró los ojos y observó con deleite cómo los destellos solares danzaban sobre las olas del mar.

"¡Genial! " — pensó José. — "No tendré que atraer al monstruo, ya está aquí."

"¡Horrible!" — pensó el Dragón. — "¡Tendré que arruinar mi mañana para eliminar a otro tonto!"

Empezaron a luchar. El Dragón era enorme y fuerte. Los ataques de José apenas si le hacían cosquillas. Pero el chico era ágil y muy motivado. Atacaba, retrocedía, esquivaba y atacaba de nuevo.

La lucha continuó casi hasta la noche. Ambos estaban bastante cansados.

— ¿Hacemos una pausa? — propuso José, respirando con dificultad.

— Suena bastante razonable — asintió el Dragón. Se sentaron en la hierba.

— Tengo hambre — comentó el Dragón.

— Vaya, no piensas comerme, ¿verdad?

— Sería una buena lección para ti... ¡Aprenderías a no molestar la paz ajena! Pero no, no me gusta la carne humana. Tranquilízate, no te haré daño. Aunque no diría que no a una buena tortilla.

— Bueno, puedo prepararla. ¡Me encanta cocinar! — dijo José.

El Dragón exhaló y encendió un fuego.

— ¡Dame un segundo! — añadió, sacando un viejo escudo que quedaba de uno de los anteriores "héroes fracasados". — Úsalo como sartén.

José tomó los huevos, la patata finamente cortada y la cebolla picada. Todo eso lo frió en aceite de oliva, le agregó sal y pimienta.

Resultó una tortilla perfecta: con una corteza crujiente por fuera, pero suave y un poco líquida por dentro.

Mientras tanto, la luna se levantó. Su luz se reflejaba en las ondas del mar, creando un camino lunar sobre el agua.

— Qué bonito, — suspiró el Dragón. — Me encanta el mar...

— Entonces, ¿por qué vives aquí, en esta cueva oscura? — preguntó José.

— Buena pregunta... Tal vez por costumbre. Aunque, creo que tú también preferirías cocinar, en lugar de ser un caballero.

— Puede que tengas razón. A menudo no somos lo que queremos ser, sino lo que los demás quieren que seamos. Pero sabes... ya no quiero matarte. ¡Se me ocurrió una idea!

José propuso vender los tesoros del Dragón y abrir un chiringuito junto al mar.

Aquel lugar pronto se volvió muy popular. Al fin y al cabo, ¿dónde más se puede ver a un caballero cocinando sardinas con fuego de dragón?

Barbacoas, tortillas y calamares fritos se convirtieron en la estrella del menú de su café playero. Los visitantes venían en masa, y nadie volvió a cazar al Dragón.

Por fin, el Dragón podía contemplar el mar todos los días.

Cuando ambos siguieron su verdadera vocación, dejando atrás etiquetas y expectativas ajenas, fueron realmente felices.